

## RESEÑAS / REVIEWS

**DANIEL ESPARZA RUIZ, *La realidad simbólica de España. Una perspectiva histórica de la identidad española y los mitos de origen*, Editorial Tirant Humanidades, Valencia, 2022, 176 págs., ISBN: 9788418970498.**

Daniel Esparza, profesor de la Universidad Palacký de Olomouc (República Checa), lleva años dedicándose en su investigación a temas como son nacionalismo, identidad nacional, incluida la dimensión psicológica de ella, el papel del Otro en la construcción de la identidad, etc. En su nuevo libro centra su interés también, aparte de todo lo ya mencionado, en el papel que en la construcción de una identidad nacional desempeñan los mitos, especialmente los mitos de origen. Presenta la larga historia de estos mitos a lo largo de la historia española, sus nacimientos, sus modificaciones y sus desapariciones, siguiendo este proceso detalladamente sobre todo en el transcurso de los últimos dos siglos, cuando, con la llegada del nacionalismo moderno, su relevancia aumentó notablemente. Y como hoy en día se muestra con creciente tendencia el hecho de que algunos de los análisis más profundos y convincentes se generan mediante la comparación, en uno de los capítulos de su libro confronta la situación española en este terreno con los mitos de origen checos y húngaros. El resultado es un libro inteligente, lleno de ideas capaces de inspirar y provocar reacciones intelectuales, ya que una de las principales ambiciones del autor es abrir un debate acerca del tema. Al mismo tiempo, es un texto escrito en un estilo ameno y siempre cercano al lector sin que el autor haya renunciado en lo mínimo a la rigurosidad del lenguaje científico.

Antes de comentar con más detalle el contenido del libro, queremos subrayar y destacar un hecho que se extiende como el hilo de Ariadna a lo largo de todo el texto y, por primera vez, aparece ya en la misma dedicatoria en la que el autor expresa su gratitud a los estudiantes checos con los que ha pasado casi veinte años en la región checa de Moravia. Es decir, no estamos aquí ante unas ideas concebidas por un erudito aislado de la realidad estudiada que a distancia, basándose exclusivamente en lectura y la siguiente especulación, emite sus veredictos fríos y «objetivos», sino frente a un científico que combina lo leído y pensado con su propia experiencia vital, repartida entre dos países cuyas identidades construidas se compararán en uno de los capítulos. En otras palabras, el libro es, entre muchas otras cosas, también un interesante ejemplo de una original perspectiva, europea en el sentido amplio y profundo de la palabra, que el autor encarna no solo en sus textos sino igualmente en su propia trayectoria vital, tanto la académica como la

personal.

El eje del libro es la cuestión de la identidad española sopesada desde la perspectiva histórica, una perspectiva muy larga, que comprende el periodo extendido desde la Antigüedad hasta la actualidad, ya que D. Esparza trabaja sobre el horizonte de la *longue durée*. El principal objetivo del libro es mostrar, apoyándose el autor en un marco teórico original, cómo se construye la identidad y cuál es papel que en su construcción juegan tanto el Otro como los mitos de origen. A continuación, sobre este lienzo teórico, se proyectará el análisis de los mitos de origen de España, sean «esencialistas, fundacionales o refundacionales» (p. 16). Nada más, nada menos, puesto que, como el mismo autor advierte en los primeros párrafos, no se trata de un ensayo sobre la esencia del carácter de los españoles ni de un manifiesto de cómo es España y mucho menos todavía de un texto propagandístico acerca de la evaluación de la historia española, sea en color negro, sea en color blanco o rosa. Lo que pretende el autor es ofrecerle a un lector curioso las herramientas para que él mismo pueda razonar y meditar acerca de los problemas relacionados con la identidad cuyo ADN suele radicar, según el autor, en el nombre del país y del pueblo que es un «código simbólico que hay que decodificar» (p. 17). A través del nombre accedemos al relato de origen primordial que algunas veces puede estar, y en el caso de España está, «oculto bajo gruesos estratos de historia» (p. 17). No pensamos entrar aquí, debido a lo limitado que es el espacio de una reseña, en los pasajes claves de la parte teórica del libro (Capítulo 2) en la que el autor explica su nada fácil camino hacia una definición operacional de lo que es la identidad, y enumera las variables exógenas y endógenas que influyen en su nacimiento, insistiendo, además, en que la identidad es algo fluido que no deja de cambiar –o mejor dicho, «desaparecer y aparecer» (p. 33)– a lo largo del tiempo histórico. Tampoco vemos viable la ambición de detallar aquí las numerosísimas fuentes con las que el autor ha trabajado, no obstante, al menos queremos subrayar el enfoque original de D. Esparza que, aparte de lo tradicional y esperable, es decir, fuentes primarias historiográficas, literarias y documentales, somete a su análisis igualmente manuales escolares y textos constitucionales, monumentos y esculturas al igual que el cine. El volumen de la bibliografía secundaria, no solo citada, sino también comentada y valorada, con frecuencia, por el autor, es impresionante, la lista de referencias bibliográficas ocupa más de diez páginas de texto muy denso (pp. 163-177).

Esta reseña no piensa resumir ordenadamente el contenido del libro, sería una tarea imposible, ya que el texto ofrece demasiadas ideas. Lo que sí podemos hacer es elegir algunas de las que más han captado nuestra atención y utilizarlas a modo de señuelo para atraer a los posibles lectores que, leyendo y pensando el libro, sacarán sus propias conclusiones. P. ej., nos hemos fijado en que el autor se desliga de la tradición a la hora de trabajar con concepto del Otro (pp. 34-35), un elemento indispensable en el proceso del nacimiento de la identidad, que suele ser presentado como una entidad puramente negativa, es decir, como peligro, amenaza, enemigo. Esparza advierte que el Otro, ocasionalmente, puede servir igualmente como entidad positiva, cuando se le admira e incluso imita. Y puede darse hasta una tercera situación, cuando un Otro negativo y el positivo

se alternan con tanta frecuencia y en proporciones tan equilibradas que podemos hablar de un Otro ambiguo.

Uno de los pasajes culminantes del libro es, sin duda alguna, el que describe la situación inusitada que se produce en España en el siglo XIX, con la llegada de los nacionalismos modernos que reclamaban la construcción de una identidad nacional funcional y operativa, frente a lo cual España se queda sin un mito de origen sólido y utilizable, ya que los mitos de antaño –hoy ya olvidados– de Túbal, Hispalo o Sefarad, que aparecieron y desaparecieron en las épocas pretéritas, no iban a tener suficiente fuerza y atractividad para servir como base para semejante misión. Y, a diferencia de Italia –donde, por ejemplo, el coqueteo con la tradición de la Roma imperial sería muy fuerte, culminando en el s. XX con el delirio mussoliniano–, en España los intelectuales iban a rechazar la posibilidad de buscar las raíces de la identidad española en la Hispania romana, si bien pensando en lo palpable y no en lo simbólico, parece evidente que fue precisamente la Roma antigua que en muchos aspectos sentó las bases de la identidad románica de todos los pueblos peninsulares excepto los vascos. Rechazados unos, olvidados otros, en vez de mitos de estirpe antigua se creará un mito esencialista de las dos Españas, un mito que se impondrá como «hegemónico en la primera mitad del siglo XX» (p. 117). Como consecuencia, surgirá un fenómeno quizás todavía más fascinante, cuando dicho mito de las dos Españas, concebido en la atmósfera del s. XIX, es decir, marcado fuertemente por las guerras carlistas y otros conflictos violentos entre la «vieja» y la «nueva» España, al final será utilizado, a modo de espejo invertido, para proyectar aquellos «enfrentamientos eternos» hacia el pasado y convirtiéndolos en las señas de identidad de una gran parte de la historia española, generando de esta manera la imagen de un pueblo patológicamente maniqueo, incapaz de unirse en torno a ninguna «misión histórica», en palabras de Ortega.

El Capítulo 5 ofrece una original comparación entre el caso español y los casos checo y húngaro, llegando el autor a la conclusión de que los españoles en este terreno han vivido y viven una situación mucho más complicada, careciendo de un mito de origen convincente y funcional. Tanto en Chequia como en Hungría existen relatos, aceptados por una mayoría abrumadora de los pueblos correspondientes, sobre los grupos primordiales que en tiempos lejanos llegan a los territorios actuales de cada uno de los dos pueblos y fundan allí sus respectivas estructuras políticas. De esos grupos primordiales descienden luego prácticamente todos los checos y húngaros, de dichos grupos se derivan tanto las lenguas habladas por los checos y húngaros como sus denominaciones y, también, los nombres de los territorios, más tarde estados, de los dos pueblos. En España no existe semejante mito, además, el mito de las dos Españas, elaborado en el s. XIX, será reemplazado –o por lo menos habrá serios intentos de hacerlo– por un nuevo mito, el de la España plural, que estaba pensado como una herramienta de reconciliación después del final de la dictadura franquista. Se hablará y escribirá sobre «las Españas» y sobre tolerancia, mutuo respeto y superación definitiva de los tradicionales rencores y conflictos. Sin embargo, este mito pluralista, a su vez, tras cierto tiempo transcurrido se convertirá en el blanco de ataques de sus no

poco numerosos oponentes y surgirán varios «contramitos», como, p. ej., el relato despectivo del llamado Régimen del 78, corrupto, injusto y basado en residuos tóxicos del franquismo opresor, relato ultracrítico promovido por el movimiento 15-M y por los independentistas catalanes (p. 133). Con estos «contramitos» se vuelve, hasta cierto grado, a la atmósfera tensa del mito de las dos Españas y, sobre todo, se ve minado el esfuerzo por inventar un mito aglutinador realmente eficaz que pueda funcionar satisfactoriamente uniendo a todos los habitantes del país –o, al menos, una mayoría decisiva de ellos– en torno a una sola narración acerca de la «identidad española».

En vista de lo descubierto, analizado y presentado en su libro, D. Esparza propone incluir el tema de los mitos de origen en los planes de estudio escolares en España, argumentando que, por un lado, tal cambio traería una visión más crítica de la Historia, por el otro, porque un análisis racional de «fábulas sobre el comienzo» podría «fomentar el gusto por el conocimiento», de manera parecida que hasta hoy son capaces de hacerlo los mitos grecolatinos, y, además, ayudar a comprender mejor «el significado simbólico de lo humano» (p. 157). A nosotros nos gustaría añadir: y mostrar, al mismo tiempo, lo frágil y siempre relativo que son raíces narrativas de la identidad nacional basadas en relatos mitológicos.

Como las líneas anteriores no han podido ser más que una cata muy modesta del plato –quizás más bien de un menú completo y variado que de un solo plato aislado– succulento que es el libro que acabamos de presentar de un modo forzosamente conciso y fragmentario, terminamos con una sugerencia más o menos esperada, pero lógica y por lo tanto justificada: que el amable lector intente leer el texto por su propia cuenta, que se inspire en él, que reflexione acerca de su contenido, que tal vez discuta y discrepe con las ideas expuestas, a veces sin duda polémicas, porque creemos que el esfuerzo realizado en este caso merece la pena y sin duda le reportará al lector dispuesto a aceptar el reto la deseada satisfacción intelectual.

Jiří Chalupa  
Departamento de Filología Románica  
Universidad de Ostrava (Ostrava, República Checa)  
<https://orcid.org/0000-0003-4479-4829>  
[jiri.chalupa@osu.cz](mailto:jiri.chalupa@osu.cz)